

# Regreso sobre la hipótesis CT. Algunos de sus problemas para la historia cultural de la democracia

Eduardo HERNÁNDEZ CANO

*Investigador independiente*

Orcid: 0009-0004-2716-394X

*Resumen:* Este artículo analiza el desarrollo desde 2001 de la hipótesis CT por parte del periodista cultural Guillem Martínez, así como las lecturas críticas a las que fue sometida tras la aparición del libro *CT o la Cultura de la Democracia* (2012). Partiendo de la evolución del concepto y de las principales críticas a que ha sido sometido se procede a reevaluar la utilidad de la hipótesis CT para la historia cultural de la España democrática.

*Palabras clave:* cultura, Transición, historia cultural, estudios culturales

*Abstract:* This article analyses the development of the CT hypothesis by the cultural journalist Guillem Martínez since 2001, as well as the critical readings it has undergone following the publication of the book *CT o la Cultura de la Democracia* (2012). Starting from the evolution of the concept and the main criticisms it has been subjected to, we proceed to reassess the usefulness of the CT hypothesis for the cultural history of democratic Spain.

*Keywords:* culture, Spanish Transition, CT, cultural history, cultural studies

Volver en el año 2025 sobre *CT o la Cultura de la Transición* (Martínez 2012) podría llevarnos fácilmente a desestimar una propuesta sobre la cultura en la España democrática que caía en un optimismo político y tecnológico que nos resulta hoy no tanto lejano como completamente opuesto a nuestra experiencia del presente. Pero el valor de su propuesta no debería estar en su acierto prospectivo, sino en el valor específico que el concepto CT tendría para la comprensión de la cultura democrática en su historicidad. En este artículo me propongo reconsiderar la valía de dicha hipótesis para la historiografía cultural, algo necesario por haberse convertido en un recurso algo perezoso, tanto en el periodismo cultural como en cierta academia, para referirse en bloque a algunos de los problemas presentes en el desarrollo de la cultura española desde finales de los años setenta.

Mi atención se centra en este artículo en el desarrollo por parte de su máximo promotor, el periodista cultural Guillem Martínez, de lo que denominaré, siguiendo algunas de lecturas críticas (Martínez Moreno 2012: 407; Sánchez León 2012: 420), la hipótesis CT. Las distintas formulaciones que a lo largo de casi una década dio Martínez a su concepción de la cultura en democracia nos permiten señalar algunos de los problemas que tendrá

el concepto en su formulación final, aún más evidentes en su desarrollo, en parte porque ciertas formulaciones tempranas planteaban ideas que serían dejadas de lado. A continuación realizaré una lectura crítica de la hipótesis CT cimentada sobre los argumentos desplegados en el proceso de recepción inmediata del libro de 2012, en el que se valoró también críticamente el conjunto de textos que reunía el libro y las fricciones que surgían en el interior del concepto CT al contrastar sus diversas lecturas.

## Para una breve historia de la hipótesis CT

En rigor, como no lo ha ocultado Martínez (2012: 13), la noción de CT se articuló inicialmente en dos artículos publicados en la revista *Lateral* por Ignacio Echevarría (1994a, 1994b). Su aproximación a la cultura de la transición se centraba allí en la literatura y los escritores, sometidos a las necesidades de mercado y a las presiones de la cultura de Estado. Su análisis concluía que la cultura de la transición era un periodo homogéneo en el que se había producido «el isomorfismo de los procesos sociopolítico y sociocultural» (Echevarría 1994a: 7), lo que había tenido como resultado la ruptura de una tradición de práctica intelectual crítica, fenómeno que se explicaba por el «idilio entre los escritores y el Estado» que habían traído los gobiernos socialistas, cuyo final comenzaba a atisbarse entonces (1994b: 33). Esta consideración inicial de la cultura de la transición tenía más de descriptiva que de prescriptiva y carecía del carácter vertical que Martínez situaría en el centro de su formulación.

Por su parte, Martínez desarrolló su interés por elaborar una comprensión global de «la cultura española/la CT» en una serie de libros aparecidos desde principios del siglo xxi (2012: 244). El prólogo de *Franquismo pop* (2001), una obra colectiva dedicada a abordar bajo el concepto que le daba título los años setenta, fue la primera aproximación a la cultura en democracia de Martínez (2001: 10-11). Aparecía allí un retrato que reproducía en lo esencial la lectura de Echevarría, reduciendo la cultura a la literatura, la crítica cultural y el periodismo (Martínez 2001: 12, 15, 18). La pertinencia de las hipótesis de Martínez era mucho mayor cuando su objeto era la cultura literaria que en formulaciones posteriores, cuando se aplica al conjunto de la cultura, concepto progresivamente difuso en sus sucesivas formulaciones de la CT. Esa concreción en el objeto abordado, que da lugar a las mejores intervenciones de Martínez, tiene su ejemplo más claro en *Pásalo* (2004), el libro que dedicó a reflexionar sobre lo sucedido el 11-M. En él la cultura era, esencialmente, la prensa en un momento de tensión entre la presión vertical sobre ella por parte del poder y la búsqueda de alternativas informativas por parte de la ciudadanía (Martínez 2004: 12-14, 59). Pero la gran aportación de este libro era el análisis de lo que denominaba «aznarismo», forma

final de una nueva cultura de derechas desarrollada durante dos legislaturas, que constituía una forma específica de relación entre el poder, la cultura y el discurso público, con los media en el centro (Martínez 2004: 15-48). Si bien *Pásalo* abordaba la relación de poder vertical entre Estado y cultura que vendría a definir la CT, Martínez analizaba esa relación como parte de un entramado histórico concreto, cuyos rasgos principales difícilmente podrían extenderse al conjunto de la cultura en democracia (Martínez 2004: 68-69)<sup>1</sup>. Se trataba de entender entonces un aspecto de la cultura «desde» la transición, no «de» la transición (Martínez 2004: 62).

Estas matizaciones históricas desaparecerán en el prólogo de su siguiente obra, *La canción del verano. 30 años desde sus veranos* (2007), donde formulará por primera vez de forma explícita su hipótesis bajo la denominación de CT. Allí establecerá la cultura como un sistema de límites a lo que es posible pensar y decir, cárcel discursiva que parece someter al conjunto de la sociedad; no otra cosa es a su juicio la cultura en España en los últimos 30 años (Martínez 2007: 13-15). Situación que sería el resultado de la deliberada desactivación de la cultura por parte de la izquierda durante la transición, lo que ha permitido convertirla en herramienta de consenso para uso desde la cultura de Estado. Ideas ambas que constituirán desde entonces el centro de la hipótesis CT (Martínez 2007: 17-20). El libro en sí mismo está compuesto por una serie de comentarios fragmentarios sobre la vida cultural en España año por año desde 1976, unidos a breves viñetas memorialísticas. La paradoja que el lector observa en *La canción del verano* es que, frente a esta rígida formulación CT del prólogo, los textos allí reunidos sugieren una historicidad mucho más compleja para la CT. Desgraciadamente, los trabajos que Martínez fue publicando en paralelo a estos textos en [www.guilemmartinez.com](http://www.guilemmartinez.com), el blog que mantuvo a principios del siglo XXI para «describir la cultura española a tiempo real» han desaparecido hoy de internet, lo que nos impide saber si ahondaban en esa historicidad de los fenómenos que después simplificó al hablar de CT (Martínez 2007: 15).

Como hemos visto, las hipótesis centrales, con sus límites y sus aciertos, sobre la CT estaban asentadas hacía un lustro cuando apareció en 2012 *CT o la Cultura de la Transición*, el libro en el que el concepto fue retomado colectivamente y, sobre todo, ampliamente divulgado. Como ha señalado Sara Santamaría, fue el contexto específico en que este libro apareció lo que determinó tanto su positiva recepción como su, a la larga, dificultad para convertirse en una propuesta útil a la historia cultural (2022: 143-144). El libro logró una atención significativa, en la que fue determinante la receptividad ante lecturas críticas de la transición que trajo el proceso de

1 Merece la pena señalar que en este libro Martínez se sitúa todavía, de manera explícita, dentro de esa cultura (2004, 58, 60), frente a sus esfuerzos posteriores por situarse fuera de la CT (Martínez 2007: 26).

revisionismo del periodo que se había producido desde principios del siglo XXI (Hernández Cano 2024: 21-23). El libro coincidió además con una significativa transformación en el ecosistema mediático español, con la aparición a lo largo del proceso de producción y recepción del concepto de CT de cabeceras como *La Dinamo*, *Público*, *Diagonal*, *El Salto*, *eldiario.es*, *CTXT*, en las que colaboraba una nueva generación de periodistas culturales que habían llegado a la CT a través del blog de Martínez y que acabarían participando en el libro de 2012 (Fernández-Savater 2009 y 2011; Elorduy y Rubio (2011). Un grupo de mediadores culturales que, por edad —mayoritariamente nacidos en los setenta—, eran los que vivieron el impacto de la crisis de 2008 en un momento de temprana profesionalización, que eran capaces de comunicarse ahora con quienes habían alcanzado la madurez en el primer decenio del XXI y que, tras la crisis, se preguntaban hasta qué punto lo que la democracia les había ofrecido funcionaba. Fueron esos periodistas a través de esas páginas digitales quienes acompañaron, con entrevistas y reseñas, el proceso de elaboración y difusión del concepto de CT, cuyas hipótesis asumían como verdad confirmada (Senghor y Sambá 2007; Rubio 2011; Elorduy y Rubio 2011; Llopis, 2012; Fernández-Savater 2013). Por último, como veremos en detalle más adelante, el acontecimiento del 15-M, cuyo desarrollo en Barcelona Martínez siguió en detalle desde sus crónicas en *El País*, ofreció la oportunidad de reorganizar el concepto de CT a través de una dicotomía simple en la que cristalizaba la pulsión totalizadora que el concepto tenía. Martínez convirtió así la CT en una herramienta a disposición de quienes necesitaban, tras los impactos de la crisis de 2008 y el 15-M de 2011, reinterpretar un proceso cultural que habría contribuido a la situación contra la que ahora se rebelaban (Martínez 2016). Esta será la gran aportación del libro respecto a sus trabajos anteriores. Ahora era posible identificar todo lo bueno crítico y resistente frente a la CT con el 15-M, entendido como la posibilidad aparente de situarse fuera de esa CT.

El impacto académico inmediato del concepto fue ambiguo, aunque, sin duda, todos los elementos citados en el párrafo anterior influyeron también en una generación de académicos que se interesaron de inmediato por la propuesta de Martínez. En mayo de 2012, meses antes de la publicación del libro, Martínez participó en el seminario «Arte y Transición» en el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía (Albarrán 2018), con una colaboración que reproducía su prólogo de *CT o la Cultura de la Transición*, ampliado con un análisis del grupo Ocaña (Martínez 2018: 83-105). En una entrevista a finales de 2012 con Enric Llopis hablaba con entusiasmo de cómo el concepto de CT iba a ser discutido en un congreso en la Universidad de Burdeos, «Un objeto extraño llamado transición. Hacer historia del posfranquismo hoy», y en un número especial de la *Hispanic Review* dedicado a la crisis y la cultura española (Llopis 2012). Sin embargo,

cuando el congreso francés fue recogido en un volumen (Godicheau 2014) solo su contribución —la misma que en el encuentro de Madrid— abordaba en detalle el concepto CT, lo mismo que sucedía con el citado monográfico, en el que, por más que Martínez afirmase que el concepto de CT aparecía «de manera llamativa» (Llopis 2012) e incluso que lo había «protagonizado» (Martínez 2014: 54), sólo el texto de Amador Fernández-Savater (2012), colaborador también del libro de 2012, lo abordaba de manera significativa. Se trataba de un éxito inicial relativo, claramente magnificado por la seducción que la aceptación internacional, que Martínez denunciaba en la CT, parecía ejercer sobre él mismo (Martínez 2001: 20, 2007: 22).

### Aproximación a una lectura (colectiva) crítica de la hipótesis CT

La recepción directa del libro de 2012 por parte de especialistas en la cultura española contemporánea —entre los que destacan Jaron Rowan, Rubén Martínez Moreno, Álvaro Fernández, Javier Rodríguez Hidalgo y Sara Santamaría Colmenero—, que lo reseñaron en revistas especializadas y en redes sociales, no fue menos ambigua pero sí más elaborada. Existe un notable consenso a la hora de valorar positivamente que la hipótesis CT se focalice en las tensiones derivadas de la presión que instituciones políticas y económicas ejercen sobre el campo cultural durante la democracia, principalmente sobre y a través de los medios de comunicación. Pero al mismo tiempo todas las reseñas someten la hipótesis CT a detalladas e incisivas críticas, que abordan una serie de problemas que presento aquí siguiendo mi propia lectura crítica, implementada por esos argumentos críticos elaborados por especialistas en diversos ámbitos del análisis cultural. Valorando, como esas críticas, que la hipótesis CT señala algunos problemas reales de la cultura española contemporánea, creo necesario un afinado teórico y, sobre todo, empírico de esta hipótesis, que justifica todavía hoy una revisión académica de un concepto que se popularizó extensamente (Fernández 2014: 212).

No merece en exceso la pena señalar el primer y más evidente problema que planteaba esta hipótesis: la denominación, claramente ahistórica, de cultura de la transición para referirse a lo que era esencialmente cultura de la democracia. Ha sido Sara Santamaría Colmenero (2019, 2022) quien con mayor claridad ha argumentado sobre los problemas que este desplazamiento de sentido conlleva para la historiografía. El segundo problema central que las críticas han destacado es la consideración de la CT como una institución total, de cuya relación de verticalidad entre Estado y cultura no es posible escapar. Si por un lado se ha desestimado el carácter hiperbólicamente censor o limitador de la CT, argumentando que las mediaciones económicas son un factor más explicativo de los límites de expresión que

una cultura de Estado (González Ferriz 2012), sobre todo se ha señalado que existen numerosos casos que demuestran que no es ese el funcionamiento de la cultura en democracia. Como bien recordaba Rubén Martínez, incluso instituciones directamente bajo control estatal, como la investigación universitaria, han financiado trabajos de investigación muy críticos con el sistema, como los de Jorge Luis Marzo (Martínez Moreno 2012: 405). Lo mismo es observable en el mercado cultural, en el que la existencia de figuras como Rafael Chirbes, recordada por Rodríguez Hidalgo (2014: 183), no podría ser explicada desde la hipótesis CT si esta funcionase en el mundo real. La crítica más elaborada sobre este problema fundamental la ha realizado también Sara Santamaría Colmenero, quien ha desarrollado en detalle teórico la necesidad de construir una idea más compleja de los procesos de construcción de hegemonía cultural en la España democrática, recordando que el poder rara vez funciona exclusivamente de arriba a abajo (2019: 54 y 56). Como ya había señalado Martínez Moreno, la dicotomía entre dirigismo y libertad que parece implicar la hipótesis CT no es realista y es necesario elaborar concepciones de la cultura y su funcionamiento más complejas, capaces de analizar cómo funcionan los procesos de hegemonía (2012: 412).

Esa imagen de la CT como institución total produce además el borrado de dos aspectos fundamentales para la comprensión del funcionamiento histórico de la cultura. Por un lado, la historicidad misma y, por otro, la importancia de la agencia de los sujetos sociales. En su forma final, la hipótesis CT borra toda temporalidad, convirtiendo la cultura de la democracia en un bloque de homogeneidad total que nos habría sido legado a mediados de los años setenta y se habría mantenido sin cambio, lo que haría imposible tanto pensar los cambios vividos en su interior como historiar el propio concepto de CT. No sorprende que críticas como la de Álvaro Fernández articulen su disenso proponiendo el regreso a la historicidad y a la política (2014: 222). El ejemplo más notable de la resistencia crítica a esa negación de la historicidad aparece implícito en la insistencia que encontramos en diversas críticas en señalar los años noventa como un momento de cambio significativo en las condiciones culturales de la democracia (Fernández 2014: 224; Rodríguez Hidalgo 2014: 183), momento en el que surgió también la primera versión de cultura de transición, elaborada por Ignacio Echevarría.

A ese borrado de la historicidad se une una aún más preocupante desaparición de la agencia social de los sujetos que hacen la historia, gesto por parte de Martínez que tiene un *je ne sais quoi soixante-huitard* de lectura pedestre de Michel Foucault —lo que seguramente ha contribuido al éxito de la hipótesis CT entre estudiantes de doctorado y *PHD candidates*—. En la CT el elemento humano es irrelevante frente a la estructura discursiva que lo construye, certeza que es pura construcción teórica. La historia es, en el mejor de los casos, acontecimiento, como en el caso del 15-M,

algo que no satisface a todos los interesados en la hipótesis CT, como hace evidente el caso de Amador Fernández-Savater (2011), que piensa el 15-M y su resistencia a la cultura dominante desde una genealogía de la crisis en la que los movimientos sociales son centrales. Ese borrado de lo social, de los procesos sociales concretos (Rowan 2012), presupone, como señala Santamaría Colmenero, robar la agencia a los ciudadanos, tanto en su posible responsabilidad dentro de una cultura vertical como a la hora de enfrentarse a ella, problema que requiere para su solución de un completo replanteamiento teórico desde la historia sociocultural, para empezar para restituir a la ciudadanía su papel en el propio proceso de transición (2019: 54-55, 58). Indudablemente, repensar esto llevaría a lo que Rodríguez Hidalgo señala como uno de los puntos ciegos más evidente del análisis de la CT como institución total, «la sumisión voluntaria no ya sólo de los diversos implicados en la producción de la cosa, sino también de sus satisfechos consumidores» (2014: 182). Algo que se hace particularmente patente al pensar el modo en que el borrado del sujeto y la agencia afecta en particular al silenciamiento de quienes habrían perpetrado la CT, fuera de cuatro nombres recurrentes, casi siempre de columnistas de *El País*. En diversas críticas se ha considerado esto una estrategia para evitar fricciones con los entornos CT en los que, como señalan Rodríguez Hidalgo (2014: 182) y Álvaro Fernández, el «*muy CT*» libro, por sus propuestas, su estilo y por las vinculaciones periodísticas y editoriales de autores como Martínez o Echevarría, estaba claramente integrado (Fernández 2014: 216-217).

También ha sido sometida a crítica la principal novedad del libro de 2012 respecto a formulaciones previas de la hipótesis CT, la aparición de una dicotomía valorativa maniquea compuesta por una CT «mala» y una alternativa vinculada al 15-M «buena». Si para algunos críticos, como Sánchez León, esa integración del 15-M como antagonista y como forma de ampliar la relación entre política y cultura era positiva (2012: 417), desde diversas posiciones en el espectro político se ha criticado el exceso de optimismo en el libro sobre el papel político y cultural que el 15-M debía cumplir frente a la CT, como hacen Ramón González Ferrín (2012) o Javier Rodríguez Hidalgo (2014: 183-184), quien denunciaba también la ingenua tecnofilia de diversas colaboraciones.

Esa conversión del 15-M, por así decirlo, en una «contracultura» respecto a la CT iba acompañada de un deliberado ocultamiento de las prácticas culturales alternativas que se desarrollaron durante la transición y la democracia, en favor de ejemplos tomados de la cultura de clase media — intelectual, cabría añadir — (Sánchez León 2012: 425-427; Rodríguez Hidalgo 2014: 180; Fernández 2014: 215-218). El resultado de esta dualidad forzada contribuye a crear, como señala Rowan (2012), la sensación de que sería necesario llegar a «una Cultura deseable, una verdadera cultura, a la que

nunca se ha llegado puesto que la CT se ha interpuesto o la ha bloqueado», en vez de valorar lo que realmente había supuesto una alternativa a la cultura hegemónica durante el periodo democrático. La paradoja de este silencio forzado, este uso interesado del olvido por parte de Martínez «por el bien del discurso», no hacía sino reproducir una estrategia de la que acusaba a la propia CT (Rowan 2012).

Por último, el aspecto más criticado del concepto de CT ha sido el problema de su definición de cultura (Rodríguez Hidalgo 2014: 180). En primer lugar, la centralidad de la cultura de Estado total en la hipótesis CT ignoraba por completo las políticas culturales en época democrática, como evidenciaron los especialistas la cuestión. Jaron Rowan denunciaba el uso «hiperbólico» de cultura en el libro, para referirse en realidad a «una serie de prácticas y objetos culturales dispares y heterogéneos» acontecidos durante la democracia (2012). Por su parte, Martínez Moreno abordaba la necesidad de reconceptualizar la «cultura como recurso» para entender mejor sus usos políticos contemporáneos (2012: 408). Fundamental, aunque no excesivamente señalado, es el carácter centralista y unitario de la concepción de cultura (nacional) implícita en CT. Esta conceptualización, además de negar la realidad de la cultura como espacio de conflictos entre agentes con recursos desiguales, ignora la realidad de la diversidad de la cultura producida y vivida en España en democracia. Esta concepción teóricamente unitaria de cultura nacional contribuye a dar forma a uno de los aspectos más criticados de la hipótesis CT, su afirmación de que este modelo cultural constituye una excepción española en el mundo occidental (González Ferrín 2012; Sarabia 2012; Fernández 2014: 219). Este aspecto de la hipótesis, central para Martínez, es negada incluso por algunos colaboradores del libro de 2012, como Isidro López, que tratan de señalar la vinculación de la CT a procesos comunes en el neoliberalismo contemporáneo (Martínez Moreno 2012: 407, 410). Como bien ha señalado Santamaría Colmenero, este discurso forma parte de un metarrelato del fracaso nacional que ha sido desestimado hace mucho tiempo por la historiografía (2019: 58-59)<sup>2</sup>. La concepción nacionalista de la cultura como excepción olvidaba los procesos de globalización de los mercados culturales desarrollados en paralelo al periodo democrático, así como las presiones de instituciones transnacionales en las políticas culturales del Estado, que, de ser considerados, nos ofrecerían una imagen diferente de la CT (Martínez Moreno 2012: 404).

Creo que no ha sido suficientemente señalado, a la hora de explicar los problemas de la concepción de cultura de la que Martínez parte para conceptualizar la CT, el carácter profundamente tradicional de su idea

2 No es el único metarrelato rancio y escasamente operativo que Martínez ha usado, como muestra su uso de la idea de «las dos Españas», con frecuencia bajo su forma orteguiana «oficial» y «real» (2001: 13, 2002, 2007: 20).



del intelectual. Esta quedaba bien sintetizada en el prólogo a su primer libro, *Grandes Hits* (1999), donde se pensaba a sí mismo en relación a una tradición nacional truncada de intelectual crítico, a la que oponía el intelectual «débil» que habría legado la transición (Martínez 1999: 15). De esa concepción tradicional del intelectual deriva una idea de cultura cuyo centro es la escritura literaria y su medio dominante la prensa, algo que proviene de las formulaciones más tempranas de la idea de cultura de transición, con focalización exclusiva en quien produce o gestiona la cultura, nunca en quien la experimenta desde otros espacios sociales. Frente a otras propuestas críticas surgidas del mismo proceso de revisión crítica de las prácticas culturales institucionales (Rowan 2016; Beirak 2022), la CT resulta hoy lastrada por una concepción profundamente anacrónica y asocial de la cultura.

Con todo, el mayor problema que determina esta concepción del intelectual es el modo en que constituye el discurso de Martínez, quien se presenta como una voz autorizada, cultural y políticamente, como han hecho los intelectuales desde principios del siglo XX, pero sin desprenderse de la práctica del periodismo cultural. Martínez pretende ejercer así la magia social de la voz autorizada, que a través del discurso performativo trata de convertir lo que es una mera hipótesis denominada CT en una verdad, que no requiere el respaldo de la investigación histórica ni de la demostración (Bourdieu 2001: 163-165). Como buen intelectual tradicional, Martínez habla con una autoridad que se confiere a sí mismo, que el lector debía reconocer y asumir, aunque sea expresada a través de una retórica (glups) deliberadamente populista y falsamente niveladora. Lo que era un mero acto de lenguaje pareció materializarse así ante los ojos de quienes tuvieron fe en el puro modo de enunciar la hipótesis CT, sin cuestionarla<sup>3</sup>. En última instancia, como señalaba con claridad Álvaro Fernández, el funcionamiento de la hipótesis CT dependía de «la complicidad del lector» (2014: 214).

## Conclusiones

La hipótesis CT y el libro que la divulgó tienen hoy, sobre todo, el valor sintomático que les da ser un jalón más en una larga tradición de expresión del descontento con el desarrollo de la cultura en democracia, que surge desde el momento mismo en que concluye el proceso de transición, a finales de los setenta. Sin duda, a diferencia de otras reconsideraciones críticas, tuvo en este caso el apoyo de un gran grupo editorial —que publicó el libro en una colección de bolsillo dirigida a un público amplio—, de un conjunto

3 Es en este sentido muy significativa la tensión que aflora cuando los periodistas lo presionan a concretar en ejemplos sus hipótesis, que esquivo siempre, como si no tuviese más que añadir o no quisiese hacerlo (Llopis 2012).

de periodistas notablemente mediáticos como voces críticas y de un contexto de producción y recepción determinado por la incomodidad colectiva frente a la realidad política y cultural de España que desbordó el 15 de mayo de 2011. Porque, como sucede con frecuencia con las hipótesis defendidas de forma exclusivamente teórica, las afirmaciones quedan contradichas en una consideración profunda de su proceso de enunciación. No hay que olvidar que, pese a la declaración de autoimportancia por parte de Martínez de que «este concepto cultural es, y ahí la poca o mucha importancia que tenga, algo formulado fuera de los medios y de la Academia», la primera formulación como CT apareció en un prólogo que era un encargo editorial para un libro de crónicas antes publicadas en *El País* y el prólogo a CT, el libro, fue presentado antes en una conferencia académica impartida en un museo nacional (Martínez 2016, 2007: 9)<sup>4</sup>. CT es un libro que surgía desde el centro mismo de la concentración editorial capitalista internacional (Random House Mondadori) y era redactado por periodistas que provenían o habían pasado medios de comunicación dominantes, en particular, como el propio Martínez, *El País*. La idea de una CT monolítica era negada por las condiciones sociales y materiales mismas desde las que la CT era enunciada. La hipótesis CT resultaba ser así falsa en su formulación total original, sólo un discurso crítico más dentro de la diversidad cultural de la democracia.

Sólo a partir de esa negación de la hipótesis podemos volver sobre algunas de sus afirmaciones para trabajar en dirección a una historia cultural de la democracia en España de mayor solidez. Para ello es necesario, en primer lugar, romper con el dualismo fundacional que ha pasado a la recepción académica de la hipótesis CT, que ha acabado por funcionar como figura de paja para definir una alteridad negativa total, sustituyendo la contracultura al 15-M como antagonista en esa concepción dualista de la cultura (Godicheau 2014: 10). Esto ha contribuido, por un lado, a que no se profundice sobre el análisis del funcionamiento de la cultura en democracia, reificada en CT, y, por otro, a que las prácticas contraculturales sean idealizadas, sin tener en cuenta las complejas relaciones entre estas y las industrias culturales (Martínez Moreno 2012: 407; Hernández Cano en prensa). La CT resulta ser así un raro caso de traslación de un concepto del periodismo cultural a la academia como si fuese una verdad histórica revelada, sin someterlo a los principios metodológicos de la investigación histórica antes de comenzar a usarlo, fenómeno muy sintomático de la creciente circulación cruzada de intereses entre el periodismo cultural —ejercido con frecuencia por universitarios de diversa formación, no necesariamente periodística— y

4 Merece la pena señalar que Martínez celebra en el mismo artículo (2016) la recién aparecida tercera edición del libro en la editorial Debate. No me consta que tal edición exista y mi propio ejemplar corresponde a la tercera edición, aparecida en la colección Debolsillo en noviembre de 2012.

la investigación académica<sup>5</sup>. Una situación que parece dar la razón a Pablo Sánchez León cuando señalaba la «intensidad acrítica con que parecen haber asumido como propia la crítica sintetizada por Guillem Martínez» quienes escribían en *CT o la Cultura de la Transición* (2012: 424).

Sería necesario también abordar con detalle, desde la propia historia cultural e intelectual, qué significa ese desplazamiento en la denominación CT de la democracia, su verdadero objeto, a la transición. Algo muy significativo en la medida en que el concepto de CT ha sido construido y asumido por intelectuales que, en su mayoría, no vivieron activamente la transición. Aunque no sea posible desarrollar aquí esta idea, creo que subyace en ese desplazamiento temporal sobre el objeto analizado la voluntad de autoaplicarse una cierta inocencia histórica. Quienes han trabajado sobre el concepto CT han sido formados y profesionalizados en las instituciones de la cultura democrática, en las que, en su gran mayoría, siguen integrados o a las que se han reintegrado tras trabajar en el extranjero. Al hablar de transición parecen señalar así que no han tenido ninguna responsabilidad personal sobre ese mundo cultural que los ha hecho y que han hecho, situando su origen y su culpa en un pasado que les fue legado así, algo que solo Jordi Gracia ha criticado duramente (Gracia 2018: 15-16). Abordar la cultura de la democracia de otro modo supondría analizar y someter a crítica las asimetrías de poder, pero también reevaluar el modo en que nosotros mismos hemos formado parte del tejido vivo de una cultura sobre la que teníamos responsabilidades éticas y políticas mientras estábamos participando de ella.

Sin duda, el debate alrededor de la CT mostró un descontento interno en los medios culturales clave de la democracia que habría que perfilar a través de la investigación, para la que podemos tener presentes ciertos aspectos de la hipótesis CT, como su consideración de las servidumbres a que está sometido el espacio mediático, algo que no deja de ser un fenómeno común en la cultura bajo el capitalismo neoliberal, pero es necesario reformularla desde otros principios. Las críticas que se realizaron al texto de 2012 presentaban ya una paradójica corrección del teoricismo de Martínez, proponiendo un rearme teórico que podría servir de base a la investigación histórica empírica. Sara Santamaría Colmenero ha señalado de manera muy sugerente hacia los *Cultural Studies* británicos —muy diferentes, me temo, a los que Martínez decía tener como modelo cuando formuló la hipótesis CT (2012: 13)— y a la obra de Stuart Hall como una dirección adecuada en la que seguir avanzando, como han hecho ya algunos investigadores (Santamaría Colmenero 2019: 56-57; Rubio-Pueyo 2020).

5 Es necesario volver a señalar, como ha hecho Rodríguez Hidalgo (2014: 182), la total ausencia de la universidad de la hipótesis CT, cuestión sobre la que habría que reflexionar por extenso en algún momento.

En última instancia, para hacer una historia cultural de la democracia nos hace falta una concepción de la cultura menos ingenuamente obsesionada con las debilidades de la transición y con las polarizaciones actuales, más atenta a los procesos de construcción de la temporalidad de la cultura —presente, pasado y futuro— y a sus instituciones durante la democracia. No necesariamente ofrecerá una imagen más clara de nuestro medio cultural actual, pero sin duda contribuirá a que seamos más conscientes de las capas de autoridad intelectual, así como de poder económico y político que afectan a la cultura en cada momento de la historia, incluido el nuestro.

## Bibliografía

- Albarrán, Juan et al., *ART/NSICIÓN, TRA/NSICIÓN*. Arte y transición, Madrid, Brumaria, 2018.
- Beirak, Jazmín, *Cultura ingobernable. De la cultura como escenario de radicalización democrática y de las políticas que lo fomentan*, Barcelona, Ariel, 2022.
- Bourdieu, Pierre, *Langage et pouvoir symbolique*, París, Éditions Fayard, 2001.
- Conte, Rafael (dir), *Una cultura portátil. Cultura y sociedad en la España de hoy*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 1990.
- Echevarría, Ignacio, «Notas sobre la literatura española actual (1). La “ceremonia del perdón”», *Lateral*, 1, (noviembre), 1994a, pp. 6-7.
- . «Notas sobre literatura española actual (2). Troya festejada», *Lateral*, 2, (diciembre), 1994b, pp. 32-33.
- Elorduy, Pablo e Irene G. Rubio, «El pelotazo de la cultura», *Diagonal*, 24-VI-2011. Disponible en: <https://www.diagonalperiodico.net/culturas/pelotazo-la-cultura.html>.
- Fernández, Álvaro, «La mirada histórica. Estrategias para abordar la cultura de la transición española», *Kamchatka*, 4, 2014, pp. 209-232.
- Fernández-Savater, Amador, «La Cultura de la Transición es una cultura tutelada y que tutela», *Público*, 29-IX-2009. Disponible en: <https://www.publico.es/opinion/hemeroteca/cultura-transicion-cultura-tutelada-tutela.html>.
- . «El arte de esfumarse; crisis de la cultura consensual en España», *El Estado Mental*, 1, 2011, pp. 5-11. Disponible en: <https://www.elestadomental.com/tenemos-que-hablar>.
- . «El nacimiento de un nuevo poder social», *Hispanic Review*, 80: 4, 2012, pp. 667-681.
- . «La Cultura de la Transición y el nuevo sentido común», en *El fin de la España de la Transición, Cuadernos de eldiario.es*, 1, 2013. Disponible en: [https://www.eldiario.es/interferencias/cultura-de-la-transicion-segunda-transicion\\_132\\_5617359.html](https://www.eldiario.es/interferencias/cultura-de-la-transicion-segunda-transicion_132_5617359.html).

- Godicheau, François (coord.), *Democracia inocua. Lo que el postfranquismo ha hecho de nosotros*, Madrid, Ediciones Contratiempo, 2014.
- González Ferríz, Ramón, «La Cultura de la Transición», *Letras Libres*, 23-IV-2012. Disponible en: <https://letraslibres.com/revista-espana/la-cultura-de-la-transicion/>.
- Gracia, Jordi, *Contra la izquierda. Para seguir siendo de izquierdas en el siglo XXI*, Barcelona, Anagrama, 2018.
- Hernández Cano, Eduardo, «La revisión de los relatos sobre el pasado reciente en el ensayo español del siglo XXI», *Ínsula*, 925-926, (enero-febrero), 2024, pp. 20-23.
- . «De qué hablamos cuando hablamos de contracultura. Una aproximación desde la historia cultural», *Studia Historica. Historia contemporánea*, en prensa.
- Llopis, Enric, «La Cultura de la Transición existe para comerse el conflicto y, si es posible, sentimentalizarlo», *Rebelión*, 12-XI-2012. Disponible en: <https://rebelion.org/la-cultura-de-la-transicion-existe-para-comerse-el-conflicto-y-si-es-posible-sentimentalizarlo/>.
- Martínez, Guillem, *Grandes Hits. Crónicas de El País*, Barcelona, Mondadori, 1999.
- . (ed.), *Franquismo pop*, Barcelona, Mondadori, 2001.
- . «El Planeta, usted y yo», *Letras libres*, 4, 31-II-2002. Disponible en: <https://letraslibres.com/revista-espana/el-planeta-usted-y-yo>.
- . *Pásalo*, Barcelona, Random House Mondadori, 2004.
- . *La canción del verano. 30 años desde sus veranos*, Barcelona, Random House Mondadori, 2007.
- . «¿La cultura de la transición (CT) se muere?», *El País*, 11-VI-2011. Disponible en: [https://elpais.com/diario/2011/06/11/catalunya/1307754444\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2011/06/11/catalunya/1307754444_850215.html).
- . (coord.), *CT o la Cultura de la Transición*. Crítica a 35 años de cultura española, Barcelona, Random House Mondadori, 2012.
- . «CT una herramienta en construcción para analizar 35 años de cultura española: ¿Te apuntas a ampliarla?», en *Democracia inocua. Lo que el posfranquismo ha hecho de nosotros*, coord. François Godicheau, Madrid, Ediciones Contratiempo, 2014, pp. 53-74.
- . «CT, cinco años después», *ctxt*, 24-XII-2016. Disponible en: <https://ctxt.es/es/20161221/Politica/10195/Cultura-de-la-Transición-tercera-edición-libro-politica-crisis.html>.
- . «CT o 35 años de cultura española. Descripción, estupor, temblores y un ejemplo barcelonés de cómo fue desactivada la cultura en la Transición», en *ART/NSICIÓN, TRA/NSICIÓN. Arte y transición*, 2.ª edición revisada y ampliada [2012], ed. Juan Albarrán, Madrid, Brumaria, 2018, pp. 83-105.

- Martínez Moreno, Rubén, «Cultura de la Transición, ¿Qué hay de nuevo, viejo?», *Teknokultura*, 9: 2, 2012, pp. 401-415. Disponible en: <https://revistas.ucm.es/index.php/TEKN/article/view/48049/44926>.
- Rodríguez Hidalgo, Javier, «¿Hay una transición en la cultura? A propósito del libro *CT o la cultura de la transición*: Crítica a 35 años de cultura española, VV. AA, Debolsillo», *Cul de Sac*, 3/4, (enero), 2014, pp. 180-186.
- Rowan, Jaron, «Comentario sobre el libro *CT o la cultura de la transición*», *demasiado superávit*, 30-VIII-2012. Disponible en: <http://www.demasiadosuperavit.net/comentario-sobre-el-libro-ct-o-la-cultura-de-la-transicion/>.
- . *Cultura libre de Estado*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2016.
- Rubio, Irene G., «La Cultura de la Transición es el pasado», *Diagonal*, 24-VI-2011. Disponible en: <https://www.diagonalperiodico.net/culturas/la-cultura-la-transicion-es-pasado.html>.
- Rubio-Pueyo, Vicente, «Lecturas extemporáneas. Stuart Hall viaja a “la España del cambio”», *Encrucijadas*, 19, 2020, pp. 1-16.
- Sánchez León, Pablo, «La Ceté. Un cambio de gafas para observar 30 años de democracia», *Teknokulturas*, 9: 2, 2012, pp. 417-427. Disponible en: <https://revistas.ucm.es/index.php/TEKN/article/view/48050>.
- Santamaría Colmenero, Sara, «La lucha por el significado de la democracia española. Análisis crítico del concepto *CT o Cultura de la Transición*», en *Escribir la democracia*. Literatura y transiciones democráticas, dirs., Anne-Laure Bonvalot, Anne-Laure Rebreyend y Philippe Roussin, Madrid, Casa de Velázquez, 2019, pp. 51-65.
- . «La CT o “Cultura de la Transición”», en *Contra los lugares comunes. Historia, memoria y nación en la España democrática*, eds. Ferran Archilés, Julián Sanz y Xavier Andreu, Madrid, Catarata, 2022, pp. 140-146.
- Sarabia, Bernabé, «CT o Cultura de la Transición», *El Cultural*, 8-VI-2012. Disponible en: [https://www.elespanol.com/el-cultural/letras/ensayo/20120608/ct-cultura-transicion/16248795\\_o.html](https://www.elespanol.com/el-cultural/letras/ensayo/20120608/ct-cultura-transicion/16248795_o.html).
- Senghor, Albin y Karim Sambá, «Entre la servidumbre política y las cifras de ventas. Cultura de la Transición», *La Dinamo*, 17-XII-2007. Disponible en: <https://rebelion.org/cultura-de->